

Directores de orquesta

■ Entre mis amigos de Universidad, había uno cuyo sueño dorado era ser director de orquesta. No es que el hombre fuera muy aficionado a la música. Nada de eso. Lo que a él le fascinaba era esa sensación de omnímodo poder que emana de la figura del director, instalado en medio de la orquesta, logrando que cien profesores hagan sonar sus instrumentos, los dejen, interpreten con más vivacidad o con más lentitud, según lo ordene quien maneja la batuta.

Todo parecería indicar que los conciertos están o deberían estar obsoletos. La alta fidelidad de reproducción que ha logrado la industria del sonido, haría innecesario que un amante de la música se desplazara a un teatro para oír un concierto que puede escuchar por los mismos intérpretes u otros mejores en la tranquilidad de su casa. Sin embargo, los conciertos subsisten y yo creo que la razón está en el espectáculo que brinda el director de orquesta, que es insustituible.

Uno tiende a pensar que siempre ha sido así desde que existen las grandes orquestas. Y se equivoca. En el siglo XVIII, un conductor de orquesta apenas si era un hombre que daba el compás para que los músicos no lo perdieran y los ayudaba, a su vez, a empezar y terminar juntos. Sólo a mitad del siglo XIX el director pasó a ser un verdadero conductor musical de la orquesta, pero, a diferencia de lo que sucede hoy, no era sólo un intérprete, sino estaba íntimamente ligado al proceso creativo de los compositores que eran sus contemporáneos. Debussy trabajaba con Monteux, Stravinsky con Ansermet y Mahler con Mengelberg. Incluso los grandes directores de orquesta de la generación recién pasada, como fueron Kleiber, Koussevitzky y Stokowsky, trabajaron en conjunto con los compositores de su época y era un honor para ellos estrenar sus nuevas composiciones.

El director de orquesta de hoy parece estar consciente del magnetismo que su presencia en el podio produce y se ha convertido en la gran estrella musical

contemporánea, sin necesidad de apoyarse ni en compositores ni en virtuosos ejecutantes. Esto ha significado que los grandes directores de orquesta de la actualidad sean competitivos entre ellos, interpretando siempre la misma música y siendo muy raro que se introduzca una nueva pieza en su repertorio. La consecuencia de esto es que los compositores contemporáneos tienen pocas posibilidades de que sus obras tengan ejecutantes —en el campo orquestal— de gran calidad, con lo que parece estarse produciendo una crisis importante en el campo de la composición musical a nivel mundial.

Curiosamente, algo semejante sucede en el campo teatral. Quienes presenciaron el Cuarto Festival del Teatro de las Naciones, que se llevó a efecto recientemente en Caracas, comentaban que en esa muestra no hubo ninguna obra nueva de interés, pero sí la representación de textos clásicos en versiones hechas por destacados directores escénicos.

Cuando a la creatividad artística se sobrepone el arte de la interpretación, se produce un empobrecimiento cultural. Una época queda sin un testimonio que entregar a la historia de su sensibilidad. La supervaloración de directores de orquesta como Georg Solti o Herbert von Karajan puede producir ese efecto en el campo musical. Ninguno de los dos suele incorporar en su repertorio a compositores contemporáneos y su ejemplo suele ser imitado por los otros directores que le siguen en méritos y fama.

En algún momento, sin embargo, tendrá que producirse la saturación y el melómano cansarse de satisfacer su afición musical detectando la sutil diferencia de interpretaciones que, de una misma pieza clásica, hacen decenas de directores y se reclamará, en cambio, nuevas creaciones musicales. Cuando eso suceda, cesará el rutilante estrellato de los directores de orquesta para volver a ser coadyuvantes necesarios en el proceso de creación musical, además de intérpretes.

Eso fueron Kleiber, Koussevitzky y Stokowski. Eso es lo que les falta ser a Solti y Von Karajan.

PARTIQUINO

LA SEGUNDA